

JESUCRISTO, HOMBRE-DIOS, TIPO Y FUENTE DE LO BELLO EN
ESTE MUNDO

Aunque las tres divinas personas de la Santísima Trinidad prestan su auxilio y concurso al arte en la creación, porque tienen el mismo poder, el mismo entendimiento y la misma voluntad, sin embargo, San Agustín ha podido decir que el Hijo de Dios es el arte del Padre, *Filius Dei est ars Patris*. Lo es, en efecto, por la eterna generación. Dios, produciendo su imagen perfecta, ejecuta un acto de un arte infinito, porque hay ecuación entre su sér y su imagen y porque su obra es igual al artista. El Padre engendra á su Hijo, que es su Razón, su Verbo, y por esa Razón y por ese Verbo se ve Él y ve también en sí mismo todos los seres posibles que puede crear; y los ve desde la eternidad como ideas vivas y sustanciales y como razones formales de todo lo que existe diferente de Dios, y que sólo tiene existencia en virtud de cierta semejanza y relación que guarda con Él.

El Hijo, por consiguiente, es el arte del Padre, porque posee las ideas eternas, que son el principio y los tipos del arte divino; y lo es además porque es el Verbo que ha pronunciado las palabras eficaces de la creación, pues por Él ha sido todo criado: *Dixit et facta sunt*. San Clemente de Alejandría llama á la creación un arte divino. «No es el Verbo, dice, un cantor

celeste que ha ordenado el universo con número y medida y obligado á los elementos discordantes á formar un admirable concierto, para que todo el mundo se convirtiese en una permanente armonía? Él ha desatado la masa movible del Océano, prohibiéndola al mismo tiempo el invadir la tierra; y hallándose ésta flotando al azar, la dió estabilidad, señalándola por límites la mar. Semejante al músico que sabe dulcificar los acentos de la Dórida con los de la Lidia, ha calmado el violento ardor del fuego por medio del aire y templado el frío riguroso del aire por la acción del fuego mezclado con él, moderando de ese modo con los dos todos los demás elementos del mundo, como sonidos extremos que se funden para formar en conjunto la armonía y la regularidad universal. Tal es el Canto inmortal cuyo armónico concierto repite perennemente el universo, concierto divino y perfecto en que todo está relacionado, el fin con el medio y el medio con el principio. Esos delicados acentos y no la armonía del cantor de Tracia son los que imitaba David, fiel intérprete de la voluntad divina. El Verbo de Dios, nacido de la familia de David según la carne de que se revistió para nuestro rescate, desechó el arpa, la lira y todos los instrumentos inanimados; pero puso en armonía con el Espíritu Santo al mundo y al hombre, que por sí solo es un mundo en miniatura. Ha puesto de acuerdo con el Espíritu Santo el cuerpo y el alma del hombre, lira viva é instrumento de muchas voces, destinado á cantar las alabanzas del Señor. El Verbo canta, y

el hombre, voz principal é inteligente del concierto, al momento le responde.» (Clemente de Alejandría, *Exhortación á los Griegos.*)

Ese hombre, que canta con el Verbo, es la obra maestra del arte divino, y el filósofo cristiano le compara á todo lo que ha hecho el arte humano. «¡Oh! Sin duda, decía ese Santo Padre á los griegos, vuestros Fidias y vuestros Praxiteles han dejado obras maestras; yo admiro su genio artístico, pero la materia de que han formado vuestros dioses no ha sido jamás otra que la tierra. Por lo que á mí toca, yo he enseñado siempre que la tierra debe pisarse en vez de ser adorada. ¿Hay alguno entre vosotros que haya formado alguna vez con ella una imagen viva, ó que con arcilla haya hecho una carne flexible y delicada? ¿Quién de vosotros ha reblandecido la médula de los huesos? ¿Quién ha consolidado la sustancia de los mismos? ¿Quién hasta ahora ha conseguido extender los nervios, hinchar las venas, infundir la sangre en ellas y cubrir el cuerpo de un fino y delicado cutis? ¿Quién ha puesto en los ojos, hechos y compuestos de su propia mano, la facultad y aptitud de mirar? ¿Quién de vosotros ha trasmitido ni inspirado jamás un principio viviente, un alma, á esa imagen muda y fría del cuerpo? ¿Quién la ha llenado de sentimientos de justicia, ni quién, en fin, ha podido decir á la obra de sus manos : Tú serás inmortal? Sólo el Creador de todas las cosas, el Padre, el Artista por excelencia, es el que ha podido formar esa estatua viva, animada

y admirable que se llama hombre. En cuanto al dios vuestro del Olimpo, imagen de esta imagen, sombra muy distante de la verdad, no es más que la necia imagen formada por una mano ática. La imagen de Dios verdadero es el Verbo, Hijo verdadero del entendimiento, Verbo divino, luz arquetipo de la luz; y la imagen de ese Verbo es el hombre.»

El Verbo tomó la forma del hombre, y por la Encarnación fué principalmente por la que fué el Hijo el arte del Padre, porque, revistiéndose de nuestra naturaleza, nos ha revelado y manifestado más á Dios que creando el universo entero. Él es para nosotros la imagen perfecta del Padre, y ha podido decir con verdad á los que le veían habitando en su carne : «Aquel que me ve á mí ve á mi Padre. *Qui me videt, videt Patrem meum.*» (San Juan.)

El hombre es la obra maestra de la creación visible, el centro del mundo espiritual y también el del material; pero real y legítimamente no goza de ese honor más que en la persona de Nuestro Señor Jesucristo, del Hombre-Dios, del cual es imagen y semejanza. La Encarnación es la sola y única explicación del plan divino, y en algún sentido pudiera decirse que, sin Jesucristo, no sería la creación digna de la primera causa, porque ni en su principio ni en su fin sería de una justicia y de una bondad infinitas.

Cuando un arquitecto quiere edificar un templo, dispone y ordena todas las partes con relación al altar; este es el punto

generatriz de todas las líneas; y en tanto que no se haya puesto el altar, el templo está vacío y en un estado inexplicable. El arquitecto elige sitio para él en punto medio, en el espacio que hay entre la bóveda y las bases, para que sea como el centro y la unidad del edificio. Ese altar fué el primero en su pensamiento y el último en la ejecución, resultando de ahí que viene á ser como el principio y el fin de la obra. Dios edificó también para sí un templo; en su sabiduría infinita, abrió también los fundamentos del mismo, sacó los materiales de la nada y dispuso con arte admirable todas las partes de la creación. Pero ¿dónde se halla el altar que ha de coronar su obra y dar á conocer el plan y la belleza de la misma? Es Jesucristo, el Verbo encarnado, el término de su entendimiento generador é infinito, su inspiración y coronamiento y el Alfa y Omega de todas las cosas. El Verbo saldrá del seno del Padre, y bajará al centro de la creación, y se colocará en el punto de tangencia de los dos mundos, visible uno é invisible el otro; unirá en su persona la naturaleza divina y la naturaleza humana, y de esa manera constituirá la clave y la unidad del plan divino. Todo debía ser creado por Él, en Él y para Él; sólo Él será el dueño y rey de la creación, y todos los seres, así en el cielo como en la tierra, y hasta en el infierno, deberán inclinarse ante su majestad y reconocer su soberanía y su poder.

Dios tenía voluntad de revelarse á los seres libres é inteligentes; y, dado ese propósito, ¿podía hacerlo de una manera

mejor y más perfecta que por su mismo Hijo, que es igual á Él y su imagen viva? Es evidente que no, y por esa razón el Hijo de Dios, en virtud de su Encarnación, es el primero, el jefe augusto y la obra suprema y maravillosa de todos los seres criados. Él es el altar del templo, y de este altar sale y se eleva el aromático incienso que es verdaderamente digno de Dios. Teniendo las criaturas á Jesucristo por su mediador y por órgano suyo, alaban á la soberana Majestad como ella lo merece, porque en ese caso es el Hijo el que honra al Padre y el que presta su voz para cantar las divinas alabanzas, así á los seres más perfectos como á los más débiles é imperfectos; y todos esos seres que distan infinitamente del Criador se aproximan á Él para glorificarle con una fuerza igual á la que los sacó de la nada para lanzarlos al tiempo y al espacio. El océano de la omnipotencia había llenado y cubierto con las olas de la creación las riberas de lo posible, y el Verbo, que las agitaba, las volvió á moderar, aplacar y dirigir por medio de un flujo y reflujo divinos.

Jesucristo es el arte perfecto de Dios por su eterna generación, por la creación y por la Encarnación, y es también el arte perfecto del hombre por su belleza visible y comunicada; es, en una palabra, el tipo y la fuente de toda belleza en la humanidad. Había sido formado Adán á su imagen y semejanza; pero esa hermosura naufragó y se perdió en la caída original. Jesucristo volvió á recobrarla y encontrarla en el seno de su Madre

Inmaculada, y se revistió de ella para aparecerse y venir á este mundo. Eva fué formada de la carne de Adán, y Jesús lo fué de la carne de María; y al contemplarle la Santísima Virgen, pudo también exclamar: «Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne.»

El nuevo Adán quiso pasar por todas las fases de la vida, con el fin de servir de modelo á todas las edades, y se elevó sucesivamente, como hermoso sol, de la cuna de Belén hasta la cima del Calvario? ¿Quién podrá describirnos y referirnos la aurora de su nacimiento? Los pintores católicos se han ejercitado y esforzado en presentarnos en sus lienzos su dulce y gracioso resplandor; fueron objeto preferente de su genio artístico la Virgen y el niño Jesús en el acto de recibir la adoración y homenaje de los pastores y de los reyes; pero ninguno logró describirlo con más acierto que el sucesor de San Hilario. «¿Cómo prescindir, dice Monseñor el Obispo de Poitiers en una homilía, cómo es posible no detenerse siquiera un momento delante de una escena tan deliciosa? En ti solo, oh divino Niño; tú eres ya tan hermoso: *Ecce tu pulcher es, Dilecte mi*. Presentas ya tantos encantos, oh Flor sacratísima, como si hubieses sido desprendida de un tallo santísimo y bendito; pero ¡qué aumento de gracias no se juntan al cuadro! Ellos (los pastores y los reyes) encontraron al Niño con su Madre. Representaos vosotros esa cabeza toda llena de pudor de María, en donde nada había manchado el pecado original, ni nada desordenado, y en donde

brillaban por una mezcla dichosa y con maravillosa armonía los tiernos amores de la Madre y los purísimos atractivos de la Virgen. ¡Qué reflejos admirables de hermosura no derramaría ese modesto y dulcísimo rostro de la Virgen sobre la cara augusta del Salvador, del Verbo hecho carne, de Aquel cuya santa humanidad fué la obra maestra del dedo omnipotente de Dios, que agotó todas las delicadezas de su ternura y todos los recursos é industrias de su arte infinito para formar los sagrados perfiles y las proporciones adorables de ella! ¡Oh de qué manera tan asombrosa esas dos figuras se embellecen y se perfeccionan mutuamente una con otra! *Ecce tu pulcher es, Dilecte mi, et decorus. Ecce tu, pulchra es, amica mea.*»

Ese cántico de los cánticos pudo repetirse durante los treinta años de la vida oculta de Jesús, pasada en Nazaret, ciudad de las flores. La Madre se embriagaba con las divinas miradas de su Hijo, y el Hijo se complacía en las miradas purísimas de su Madre. Estaba, pues, restablecida la belleza de la creación, y la vida interior y doméstica de la sagrada Familia se había convertido en un paraíso terrestre, en donde se juntaban en perfecta armonía el arte de Dios y el arte del hombre.

Nuestro Señor Jesucristo era el más hermoso de los hijos de los hombres; su cuerpo, el más perfecto de todos los cuerpos, estaba informado por la más santa de todas las almas, y esa alma santísima era el espejo purísimo de la divinidad. Moisés vió por un momento á Dios, percibió algún rayo de su glo-

ria, y su rostro se puso tan luminoso que se vió obligado á cubrirse cuando tenía que hablar á los hijos de Israel. ¿Cuál sería, por lo tanto, el resplandor del rostro del Verbo encarnado, que gozó sin cesar de la visión beatífica? Fué saludable que le ocultase en la oscuridad de su vida y en el heroico exceso de su profunda humildad; pero también debía traslucirse algún fulgor que fuera capaz de arrebatar en dulce embeleso á los ángeles y á los hombres. Nosotros no conocemos la hermosura de Jesucristo más que por la belleza del Evangelio, y así le admiramos en su palabra y en la relación de su vida; pero si hubiéramos tenido la dicha de oír esa misma palabra, si la hubiéramos visto salir de sus labios benditos, acompañada de la luz de sus ojos y del eco dulcísimo de su entonación; si nosotros le hubiéramos seguido, recorriendo la Judea, enseñando sobre la montaña, curando á los enfermos, permitiendo que se acercasen á Él los niños, apaciguando la tempestad, arrojando los demonios, resucitando á Lázaro y llorando en Jerusalén, y si nosotros, en fin, le hubiéramos visto rodeado de todos los honores y gloria de su pacífico triunfo, entonces no hubiéramos podido menos de exclamar: «¡Hosanna en las alturas de los cielos!»

Y, sin embargo, esa belleza debía ser mayor aún en los días de la Pasión de Jesús, porque el ideal divino se manifestó y reveló más al mundo en el misterio de la Redención que en el de la Encarnación. La Redención no es la causa de la Encarnación, sino que es su consecuencia, su desenvolvimiento y

su aplicación á curar los males del pecado original. La Encarnación realizó en la humanidad la semejanza divina; y habiéndose ésta perturbado por el pecado de Adán, vino la Redención á repararla, declarando la Iglesia esa obra como más asombrosa y admirable. Ella llama culpa feliz al abuso de libertad para cuyo remedio era necesario un nuevo prodigio de la divina bondad. Fué suficiente una palabra para crear el mundo; pero fueron necesarios ríos de sangre para redimirle. Desde el primer momento de su existencia se ocupó el Señor, con gran amor y deseo, en este supremo combate que debía poner término á su vida, y en esta lucha sublime y heroica contra el pecado y contra la muerte. Se entregó enteramente á tan costoso sacrificio tan luégo como fué llegada la hora, sacrificando la belleza de su cuerpo para descubrirnos la de su alma. En ese trance doloroso perdió hasta la figura humana, cubierto de oprobios y de tormentos del Calvario; pero desde el momento que subió sobre la cruz se llenó de tanta grandeza, majestad y hermosura, que atrajo hacia sí mismo todas las cosas. Su victoria nos rescató de la muerte y nos devolvió la belleza de la semejanza divina.

Nuestro Señor es en nosotros la fuente y el principio de todo bien, de toda belleza; y las pruebas del amor que nos tiene, lejos de haber sido agotadas y concluidas en la Encarnación y en la Redención, al contrario, las ha continuado, renovado y condensado en la sagrada Eucaristía. En este inefable

misterio, bajo las simples especies del pan, ha ocultado Él su belleza divina y humana, con el fin de comunicarla á nuestras almas; y á medida que éstas participan de ella por su divina gracia, reciben también nuestros cuerpos su reflejo visible. Todo el bien que vemos y nos agrada en el rostro del hombre es un beneficio de Cristo, que es el inspirador y el modelo de toda virtud, la luz de todo entendimiento y la fuerza de toda voluntad. Él es la pureza de las vírgenes, la castidad de la esposa, la ternura de las madres y la majestad de los ancianos; brilla y resplandece, así en la sonrisa de la inocencia como en las lágrimas del arrepentimiento, y no hay ruinas que Él no repare, ni fealdad que no transfigure.

Sin embargo, nosotros no vemos todavía todo lo que Él obra en nosotros, pues sobre ese punto se ocupa secretamente en una obra de la que intenta sacar su gloria. Prepara á las almas á quienes quiere unir con su divinidad, las forma y las purifica; talla y pulimenta los diamantes que sirven para edificar la Jerusalén celeste; los hace aptos y dignos de recibir los esplendores de la visión beatífica; y cuando su trabajo esté terminado y se hayan pasado los siglos, será Él mismo el sol hermosísimo de todas esas maravillas del arte divino, la belleza de todas las bellezas, y todas serán una misma cosa en Él y le contemplarán arrobadas de un éxtasis infinito.

JESUCRISTO, MAESTRO DEL ARTE CRISTIANO

Liturgia. — Canto gregoriano. — Simbolismo. — Unidad y perpetuidad del arte cristiano

Por su vida misma, tan ejemplar y divina, manifestó Jesucristo la belleza suprema y restableció en el hombre la semejanza divina. Quiso enseñar á hacer y practicar lo que Él había hecho, y de esa manera abrió en la Iglesia la gran escuela del arte cristiano.

Ese arte es el arte de Cristo, ó, lo que es lo mismo, la íntima y perfecta unión del arte de Dios y del arte del hombre; y todo el que quiera aprenderle debe seguir las lecciones del Maestro é imitarle en todas sus obras. El mismo Vasari reconoció la necesidad de ello, y en medio del entusiasmo sincero que le inspiraban los cuadros de Fra Angelico, atribuía su mérito á la santidad del pintor, y citaba estas palabras del mismo, que son la verdadera teoría del arte cristiano: «Aquel que hace las cosas de Cristo debe estar siempre con Cristo. *Chi fa cose di Cristo, con Cristo deve star sempre.*»

Mas para estar y vivir con Cristo es necesario permanecer unido á su inteligencia y á su voluntad por medio de la verdad y del amor. El Cristo es el inspirador de lo alto, á quien los antiguos filósofos deseaban y llamaban con sus votos y plegarias; y si la doctrina de Platón, último fulgor de la primitiva revelación, iluminó el genio de Fidias y le inspiró obras maestras,